



ECLINABA ya el día cuando subían por los rasos del Campillo los cazadores, que semejaban una de las partidas carlistas que vagaron por aquellos contornos durante la pasada guerra: en desorden los escopeteros de oficio con los perros, cercando la hilera de jinetes blancos, y delante de

todos Cerveró cabalgando sobre una yegua castaña, entre de simón y de plaza de toros, aparejada con un freno, una silla y unos estribos de modelos caducados, pero cómodos: apenas ganó la cima donde está la casa, le salió al encuentro.

—¿Qué tal esa caza? ¿Muchá?—le pregunté.

Tardó en contestarme, como acontece siempre que estamos de maldito humor; y después de echar pie á

tierra no me dijo más palabras que la célebre de Cambrone en las postrimerías de la batalla de Watterlío.

Ruiz montaba otra yegua más oscura, pero del mismo filón que la de Cerveró, y una tercera Lafuente; las tres enamoradas y deshaciéndose en escarceos á cada relincho del caballo blanco que montaba Juan Gil, á cuyo caballo llegamos á tener los jinetes de yegua (yo lo fui luego) más miedo que los moros al de Santiago.

—¿Cómo se ha pasado el día, D. Paco?—pregunté á Ruiz Martínez.

—Mal, D. José, mal,—me contestó.—El médico nos ha fastidiado.

—Yo me alegro de esto,—añadió Saucó, que llegaba detrás de Ruiz,—para que Vds. se vayan convenciendo de lo que les dije en Ciudad Real y les he repetido anteayer y ayer.

—¡Cronista!—me gritó el ingeniero desde su burra blanca;—no traemos ejemplar ninguno de las razas cerdosa ni cervuna; pero á falta de ellas la raza felina nos ha dado su contingente. Vea V.,—añadió suspendiendo por la cola un hermoso gato, montés según ellos, y en realidad una jineta que había matado el Facioso.—Pásele V.,—dijo entregándomelo,—la mano por la cola, y verá V. como huele á almizcle.

Aquella alimaña, único botín de las batidas de la



ACECHO DEL JABALÍ